

WHEATLAND, Thomas, *The Frankfurt School in Exile*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 2009, 417 páginas.

La historia de la mal llamada “Escuela de Fráncfort” ha sido objeto de numerosos estudios, y los libros dedicados a la misma llenan ya estanterías. Sin duda los dos volúmenes clásicos siguen siendo *La imaginación dialéctica* de Martin Jay (Berkeley, 1973) y *La Escuela de Fráncfort* de Rolf Wiggershaus (Munich, 1986), pero en los últimos años la literatura dedicada a este proyecto teórico se ha multiplicado exponencialmente, con resultados desiguales. En la medida en que parte de las nuevas publicaciones se sigue apoyando en los clichés que durante décadas han filtrado la imagen de estos autores, contribuye a la neutralización del aguijón crítico de esta tradición teórica y a la simplificación del núcleo de experiencia del que nutren sus planteamientos. Una de las distorsiones más arraigadas afecta a la relación de la Teoría Crítica con la sociedad y la cultura estadounidense. Los estereotipos presentan a los llamados “francfortianos” como exponentes aburguesados y elitistas de la alta cultura alemana; forzados al exilio, estos autores no hubieran sido capaces de contemplar el carácter “poco teórico”, “masificado” y “democrático” de la cultura estadounidense sino desde una incomprensión despectiva y arrogante. El precio de estas simplificaciones puede comprobarse tanto en la reivindicación de estos autores como últimos exponentes de la gran filosofía alemana como en su recepción desde los *cultural studies*: en ambos casos la Teoría Crítica queda asimilada al conservadurismo cultural, y aquello que la diferencia de la teoría tradicional resulta aniquilado. Y es que la tergiversación del significado de la experiencia americana para la Teoría Crítica pone de manifiesto hasta qué punto la deformación del pasado contribuye a la unidimensionalización de la conciencia del presente. Frente a esta tendencia, en los últimos años una serie de estudios ha ido sentando las bases para corregir estas distorsiones y disolver los malentendidos que han lastrado la comprensión de la relación de la Teoría Crítica con los Estados Unidos, permitiendo redimensionar factores determinantes para la comprensión del proyecto colectivo. A estas publicaciones se suma ahora *La Escuela de Fráncfort en el exilio*, a cargo de Thomas Wheatland. Centrado en los procesos de intercambio entre los teóricos críticos en el exilio y la realidad científica e intelectual estadounidense, el texto ofrece un antídoto contra toda comprensión unilateral de la migración intelectual transatlántica, que ciertamente fue crucial para la consolidación de la Teoría Crí-

ca, pero también daría lugar a una transformación irreversible de la teoría social a partir de la Segunda Guerra Mundial.

La seña distintiva del libro de Wheatland es que analiza a los teóricos críticos en el exilio como un caso paradigmático de migración intelectual. A partir de una sólida investigación sobre la red personal, institucional y teórica que el Instituto de Investigación Social estableció en Estados Unidos, el trabajo consigue disolver los mitos que han determinado la recepción durante décadas –desde el supuesto aislamiento del Instituto en Nueva York hasta la plana contraposición entre teoría y empiria que algunos achacan al proyecto teórico–, combatiendo con una argumentación clara y rica en detalles las simplificaciones que aún hoy gravitan sobre la relación entre Europa y Estados Unidos. Frente a la confrontación de “vieja cultura europea” e “incipiente cultura americana” como dos entidades planas, estáticas y cerradas, Wheatland evidencia los procesos bilaterales de influencia entre los teóricos críticos exiliados y las redes intelectuales y científicas del país de acogida. Para comprender el carácter pionero del estudio, baste mencionar que en él puede encontrarse la primera tentativa de comprender, no ya los motivos que llevaron al Instituto al exilio, sino las razones que impulsaron al departamento de sociología de la Universidad de Columbia a acoger a un grupo de teóricos alemanes de origen judío y vinculados a la teoría social marxista; de esta manera el encuentro de distintas culturas teóricas emerge como un proceso dialéctico, que “podía desembocar tanto en la cooperación como en el conflicto, en la asimilación como en el malentendido” (p. XVI). Si bien es cierto que la actividad del Instituto no siempre respondió a las expectativas externas, el análisis de Wheatland permite comprender por qué su modelo de trabajo resultaba atractivo en el panorama científico estadounidense y cuáles fueron los elementos que, en la década de 1940, les permitieron hacer importantes contribuciones a la sociología americana. De este modo se ofrece una comprensión más fructífera de la dinámica de los procesos de intercambio entre tradiciones teórico-científicas – y de hecho la consolidación de la ciencia social americana no hubiera sido posible sin la migración intelectual proveniente de Europa. Porque, aunque los teóricos críticos no fueran piezas clave en la transformación del medio sociológico estadounidense –como lo fue por ejemplo el emigrado de transfondo austromarxista Paul Lazarsfeld–, lo cierto es que sus *Studies in Prejudice* tuvieron una influencia enorme en el medio estadounidense, y al

fin y al cabo Adorno, Horkheimer y Pollock regresaron a Europa como abanderados de la sociología americana.

Por todo ello, el análisis de Wheatland abre perspectivas fundamentales para comprender las circunstancias que determinaron la cristalización de la Teoría Crítica en el exilio. Entre los grandes méritos del texto –que en este sentido sigue la estela de Martin Jay– destaca su énfasis en el carácter colectivo y heterogéneo del proyecto teórico, que no se agota en la suma de las contribuciones de cada uno de sus miembros. En efecto, Wheatland pone de manifiesto la importancia de distintos autores en la constitución de la Teoría Crítica, desde las contribuciones de sus distintos miembros en las diferentes fases del proyecto –sin olvidar a aquellos que permanecieron en Estados Unidos, donde proseguirían su *percurso* intelectual– hasta sus primeros asistentes en el continente americano: Moses Finkelstein, Benjamin Nelson y George Simpson. De este modo la Teoría Crítica emerge como resultado de una *network* en la que se cruzan las rupturas coyunturales del exilio y una afinidad de intereses teóricos que remite a lo que Horkheimer llamara la “solidaridad del conocimiento común”. Pero las luchas por la supervivencia material e intelectual en la emigración tuvieron como consecuencia que la historia de este grupo de autores fuera también una historia de conflictos y disputas marcadas por el peso de circunstancias externas. En este sentido Wheatland se perfila como uno de los pocos historiadores que ha logrado encontrar un tono claro, preciso y poco dado al escándalo fácil a la hora de tematizar la fragilidad de esta comunidad teórica en las circunstancias del exilio –que favorecían las suspicacias, los malentendidos y las ofensas recíprocas–. Por otra parte, frente a las tendencias de una historiografía que convierte la evolución de la Teoría Crítica en una cuestión de influencias personales y caracteres individuales, el texto pone de manifiesto hasta qué punto la actividad de los teóricos críticos en Estados Unidos estuvo marcada por la tensión entre el intento de preservar la propia identidad intelectual y las perspectivas de asimilación y reconocimiento en el panorama científico estadounidense.

Esta tensión, y no las especulaciones sobre un supuesto “giro pesimista hacia la filosofía de la historia”, es la clave desde la que Wheatland explica las transformaciones del proyecto teórico en el exilio. Porque, sin una cierta continuidad en sus intereses, la Teoría Crítica hubiera dejado de ser tal; sin un cierto grado de asimilación al medio científico estadounidense, el proyecto hubiera perecido. *The*

Frankfurt School in Exile revela la dialéctica entre ambos polos de tensión, que resulta constitutiva para la cristalización de *Dialéctica de la Ilustración* y convierte a los teóricos críticos en un caso paradigmático de migración intelectual transatlántica. El relato de Wheatland se centra sobre todo en el campo de las ciencias sociales, enfatizando en el choque entre la presión externa –por las expectativas que el Instituto despierta en el medio científico estadounidense– y las aspiraciones internas de dar lugar a una teoría de la sociedad capaz de dar cuenta de la crisis del mundo burgués y sus consecuencias. En este sentido destaca cómo se analiza el proceso por el que, ante los problemas financieros y la pérdida de su posición en Columbia, el Instituto se embarca en el desarrollo de proyectos de investigación social empírica con el objetivo de compatibilizar las presiones externas –de las que ahora dependía la supervivencia económica del Instituto– con los intereses genuinos del grupo. Así se consolida un modelo de trabajo conjunto de psicoanálisis y teoría de la sociedad que ofrecía grandes posibilidades en el medio científico americano; desde él se articularía tanto el análisis del antisemitismo de los teóricos críticos como los *Studies in Prejudice*, que según Wheatland constituyen un signo inequívoco de su capacidad para combinar diferentes tradiciones sociológicas: por una parte estos estudios responden a problemas prácticos concretos y por otra no renuncian a la pretensión de una teoría de la sociedad en su conjunto. El mérito del análisis de Wheatland es mostrar este proceso en toda su complejidad, revelando tanto el precio teórico de esta relativa asimilación a las exigencias del medio estadounidense como el impacto que este trabajo llega a tener sobre autores estadounidenses de primera fila –Robert Merton, David Riesman, Gordon Allport o Talcot Parsons–, que a su vez más tarde avalarían el trabajo del Instituto y favorecerían su regreso a Europa – donde el comparativo retraso cultural y económico les permitiría trabajar con menos presiones externas.

Por otra parte, el estudio de Wheatland centra su interés en las redes creadas por los teóricos críticos en la ciudad de Nueva York, entendida como punto de encuentro y fusión entre las tradiciones intelectuales europeas y la sociedad estadounidense. Frente al mito del aislamiento de los teóricos críticos, Wheatland revela cómo poco a poco éstos fueron ganando peso científico, filosófico, político y teórico-cultural en la vida intelectual neoyorquina. En este sentido resulta particularmente interesante su exhaustivo y enormemente documentado análisis de las

relaciones entre los miembros del Instituto y los jóvenes intelectuales de Nueva York. Entre ellos destacan nombres como Sidney Hook, Daniel Bell, Irving Howe, Dwight Macdonald, Meyer Shapiro o Clement Greenberg, pero también publicaciones como *Partisan Review*, *Dissent*, *Commentary* –donde publicaron autores como Löwenthal, Neumann, Gurland o Kirchheimer– o *Politics*, que fue uno de los principales órganos de recepción de la Teoría Crítica en estos años. El interés por desentrañar las relaciones entre sociedad de masas, nuevas formas de conciencia, totalitarismo, modernismo y formas industrializadas de la cultura popular fue lo que permitió este intercambio entre “francfortianos” y “neoyorquinos”; sin embargo el análisis de Wheatland evidencia también el peso del malentendido en estos encuentros, ya que sus posiciones pueden sonar parecidas en un primer momento, pero un análisis minucioso revela hasta qué punto distan de ser idénticas. En definitiva, el gran mérito de este acercamiento a la relación entre el Instituto y la escena intelectual neoyorquina es que ofrece un mapa que permite comprender los procesos intelectuales de transformación, debate, mutua influencia y cruce entre ambos grupos, y todo ello sin dejar de lado los desencuentros, malentendidos y polémicas –por ejemplo con el pragmatismo de Sidney Hook y su serie de artículos “The New Failure of Nerve” en *Partisan Review*–, que crecerían con las derivas políticas de algunos de los intelectuales neoyorquinos en la posguerra.

Por último, si el conjunto del libro muestra una relación de la Teoría Crítica con el medio estadounidense mucho más intensa de lo que tiende a suponerse, los dos últimos capítulos llevan a cabo una contundente desmitologización de la imagen de Marcuse como “gurú” de la *New Left* en la década de 1960. A partir de un análisis de las diferentes sensibilidades políticas de los teóricos críticos en la posguerra y de las condiciones socio-históricas que marcaron el surgimiento de la *New Left*, Wheatland revela que la impronta real de los textos de Marcuse sobre el movimiento de protesta fue escasa y minoritaria, y que los canales de influencia funcionaron más bien al revés: la eclosión de la *New Left* llevó a Marcuse a reexaminar las posibilidades de resistencia en un mundo unidimensional y totalmente racionalizado. La celebridad de Marcuse aparece así más bien como producto de una industria de la cultura capaz de crear mitos personalizadores que ofrecen la ilusión de una “explicación” o de un supuesto “origen teórico” de un movimiento social, distorsionando el carácter de la *New Left* y marginalizando las contribuciones de la

Teoría Crítica. Frente a ello, Wheatland revela que la relación de Marcuse con el movimiento de protesta fue ante todo compleja: por una parte éste se le presenta como prueba viviente de una nueva sensibilidad, y por otra el diálogo con ellos está marcado por el temor a que su rebeldía deje paso a un subjetivismo infantil y antiintelectual que amenazaba con desembocar en la mera apatía política; pero tampoco se pasan por alto los errores de Marcuse en su acercamiento a la *New Left* (cfr. p. 329 ss.). En definitiva, este análisis de los intercambios entre Teoría Crítica y movimiento de protesta supone una contribución enormemente relevante para la comprensión de este momento histórico – tanto más en la medida en que el mito de Marcuse como figura paterna de los estudiantes determinó la recepción académica de la Teoría Crítica en Estados Unidos en las décadas sucesivas.

Por todo ello, el libro de Wheatland ofrece coordenadas necesarias –y novedosas– para comprender las repercusiones de la migración intelectual en la Teoría Crítica, para la que el desnivel entre el *background* europeo de sus integrantes y la realidad social, cultural y científica estadounidense se convertiría en fuente de conocimiento –precisamente en el momento en que la sociedad americana se consolidaba como avanzadilla de la tendencia histórica global, pasando a ser el mejor observatorio de las transformaciones sociales–. Quizá el enfoque casi exclusivo de Wheatland en las constelaciones teórico-científicas de Nueva York, sobre las que no existía hasta ahora un análisis tan brillante y exhaustivo, se haya pagado con una insuficiente atención a los años de Adorno y Horkheimer en Pacific Palisades; en efecto, la incorporación del exilio californiano hubiera permitido enfatizar otra dimensión de la migración intelectual –la de Mann, Brecht, Eisler, Schönberg o Steuermann– central para la Teoría Crítica, que hubiera complementado la visión centrada en las ciencias sociales. Pero para comprender esta dimensión podremos seguir acudiendo a los brillantes textos de David Jenemann y Detlev Claussen. En todo caso, la gran contribución del trabajo de Wheatland a la historiografía de la Teoría Crítica es que ofrece un material imprescindible para corregir esquematismos y simplificaciones arrastrados a lo largo de décadas de recepción y para hacer justicia a la relevancia del exilio estadounidense para la cristalización de esta tradición teórica –también dando cuenta de su impronta sobre el panorama intelectual norteamericano–. Porque sin la tensión entre el intento de preservar los propios intereses teóricos y la necesidad de adaptarse a un medio de investigación crecien-

temente racionalizado, la autoconciencia de la Teoría Crítica hubiera quedado mermada y su proyecto teórico no hubiera existido tal y como lo conocemos. El mérito del libro es que logra penetrar en algunos de los escenarios principales de esta tensión y es capaz de extraer toda su relevancia para un periodo crucial de la historia intelectual que sólo puede escribirse desde las dos orillas del Atlántico.

Jordi Maiso

jordi.maiso@gmail.com